

"Hágase Tu Voluntad"

Una lección necesaria de la vida es que Dios es Dios, y nosotros somos humanos. Dios gobierna nuestras vidas, y debemos vivir conforme a su voluntad. Cuando el Señor Jesús vino a este mundo, entendió que estaba aquí para hacer la voluntad de su Padre en el cielo. Y nosotros también debemos hacer su voluntad. Cada faceta de nuestras vidas le pertenece a Dios nuestro Padre. Los problemas de esta vida surgen cuando los hombres ignoran su voluntad. Debemos aprender a vivir una vida que proclame: "Hágase tu voluntad."

Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar en el Sermón del Monte, dijo: "Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mateo 6:9 al 10). ¿Qué pasaría si la voluntad de Dios se hiciera en la tierra como se hace en el cielo? ¿Qué pasaría si las personas estuvieran dispuestas a dejar de lado sus pecados y entregar sus vidas a la voluntad de Dios? ¿Qué pasaría si todo el mal de este mundo desapareciera y las personas pusieran sus corazones en la justicia?

El egoísmo, la codicia, la lujuria y el orgullo han causado un dolor y una ruina indecibles en nuestras vidas, en nuestros hogares y en nuestra sociedad. Desesperadamente necesitamos la voluntad de Dios en nuestras vidas. "Hágase tu voluntad" no es solo una oración; es una forma de vida.

Nuestra lectura de hoy proviene del evangelio según Marcos, capítulo 14, versículos 32 al 36. Y habla de Jesús cuando está en Getsemaní orando al Padre.

"Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú."

Esa fue la oración de Jesús. Lo que tú quieras. Oremos juntos. Padre celestial, oramos para que tu voluntad se haga en la tierra como en el cielo. Que se haga en todo momento y ayúdanos a amarte con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. En el nombre de Jesús, Amén.

"Hágase tu voluntad." Jesús debió haber encontrado tanto difícil como satisfactorio orar para que se hiciera la voluntad del Padre. Aunque Jesús aborrecía pensar en los juicios, el azotamiento y una muerte agonizante, sabía que era necesario para cumplir su propósito en la vida. Aunque aborrecía el pensamiento de cargar con el castigo por los pecados del mundo, amaba al mundo y quería que fuera salvo del pecado.

Esta situación parece absurda o contradictoria y sin embargo es de hecho verdad. La Biblia explica en 2 Corintios 5, versículo 21: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." Pienso en 1 Pedro 2, versículo 24, que dice: "quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados." El santo Señor Jesús cargó con nuestros pecados en la cruz para que pudiéramos llegar a ser santos. Jesús se vio a sí mismo como una ofrenda por nuestros pecados, un acto de amor plenamente dentro de la voluntad de Dios.

Hebreos 12, versículo 2, dice que el Señor Jesús "el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios." Despreció el dolor y la

vergüenza pero amó el resultado de lo que hizo en la cruz. Miró al gozo puesto delante de Él, el gozo de que los hombres encontraran perdón en su sacrificio. No quería morir, pero su deseo por nuestra salvación eterna era mayor que su deseo de vivir en la carne. Se regocijó en lo eterno, no en lo temporal, y se alegró de hacer la voluntad del Padre.

Hacer la voluntad del Padre no era un concepto o comportamiento nuevo para Jesús. Desde el momento en que nació, se dio cuenta de que había venido a este mundo para hacer la voluntad del Padre. A los 12 años, Jesús estaba en el Templo ocupándose de los asuntos de su Padre. Cuando el diablo le tentó a los 30 años, Jesús dijo en Mateo 4, versículo 10: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás."

En Juan, capítulo 4, Jesús pasó por Samaria. Deteniéndose en un pozo cerca del pueblo de Sicar, Jesús envió a sus discípulos al pueblo a buscar comida mientras Él descansaba. En el pozo Jesús tuvo una conversación notable con una mujer que había estado casada cinco veces y vivía con un hombre. Cuando ella supo que Jesús era el Mesías, corrió al pueblo y se lo dijo a todos los hombres del pueblo, y entonces los discípulos regresaron con la comida. Habían sido enviados antes.

Juan 4:31 al 34 dice: "En esto, sus discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. El les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían el uno al otro: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. Verás, el Señor Jesús vivía para hacer la voluntad de su Padre en el cielo."

En Juan 5, versículo 30, Jesús explicó: "No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre." Jesús consideraba la voluntad del Padre como el estándar perfecto del bien y del mal. No quería apartarse de la voluntad del Padre en ninguna manera, así que escuchaba al Padre. Hacía juicios del bien y del mal solo según lo que la voluntad del Padre instruía. No actuaba por iniciativa propia.

En el corazón y la mente de Jesús, guardar la voluntad del Padre era cómo permanecía en una relación correcta con su Padre. Sí. El Señor les dijo a sus discípulos en Juan 15:9 al 10, la noche antes de que fuera traicionado: "Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." Ahora bien, permanecer en la voluntad del Padre era un acto de amor y devoción. Guardar los mandamientos del Señor es cómo demostramos nuestro amor al Señor y permanecemos fieles en nuestro amor por Él.

1 Juan 2, versículos 3 al 5, dice: "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado." Nuestro amor por Dios nos mueve a ser obedientes a su voluntad y a guardar sus mandamientos.

Cuando le dijeron a Jesús que su familia estaba afuera de la casa y quería hablar con Él, el Señor Jesús preguntó en Mateo 12:48 al 50: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre." Jesús exigió un estrecho parentesco con cualquiera que haga la voluntad de su Padre en el cielo. Para eso vivió Jesús y para eso quiere que vivamos nosotros. Para Jesús, obedecer al Padre no era legalismo. Era amor.

Ahora bien, la desobediencia no es amor. Cuando Jesús estaba terminando el Sermón del Monte, dijo en Mateo 7:21 al 23: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad."

El Señor sabía que las personas afirmarían tener una relación cercana con Él, aunque vivieran sin ley según sus propias reglas. Querían la bendición del cristianismo pero no se sometían a la voluntad del Padre en el cielo. El Señor Jesús nunca los conoció. Nunca tuvo una relación con ellos. Nunca le pertenecieron, porque vivían según sus propios términos sin ley y no obedecían la voluntad del Padre. No puedes vivir según tu propia voluntad y esperar agradar al Señor. No.

No puedes acercarte a Dios mientras das la espalda a lo que el Padre enseña. Obedeces a Dios obedeciendo lo que Él enseña, no diciendo que le amas mientras vives como deseas. Una persona que vive en la ilegalidad le dice al Señor: "No se haga tu voluntad sino la mía." Vive según sus propias reglas e ignora la ley de Dios. No ha puesto su mente en la voluntad del Padre sino en agradarse a sí mismo.

Una persona que juega según su propia voluntad piensa que es la excepción. Piensa que sus pecados no son tan malos como los pecados de otras personas. Hace lo que le place y luego presume que el Señor considerará eso como obediencia a su voluntad. Cuenta con sus propias obras, no con la voluntad de Dios, para asegurarse un lugar en el cielo. El rechazo del Señor le sorprenderá.

Y en lugar de jugar según nuestras propias reglas, debemos esforzarnos por seguir la voluntad del Señor. No solo nos bendecirá a nosotros, sino también a todos los que nos rodean. La Biblia dice en Romanos 12, versículo 2: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." ¡Hacer la voluntad de Dios le muestra a todos el valor del camino del Señor! Es buena, agradable y perfecta.

Ahora bien, Jesús nos enseñó a orar: "Hágase tu voluntad." ¿Has pensado en cuán radicalmente diferente y mejor sería nuestro mundo si las personas verdaderamente hicieran la voluntad de Dios? La voluntad de Dios para nuestras vidas no es un asunto menor. Si las personas hicieran la voluntad de Dios, el crimen desaparecería, el clima moral de este país cambiaría drásticamente y las personas serían más amorosas y menos egoístas. Guardaríamos la regla de oro. El Señor Jesús enseñó en Mateo 7, versículo 12: "Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas."

Si hiciéramos la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, la Palabra de Dios tendría un lugar de prioridad en nuestras vidas y decisiones. Estaríamos preguntando: "¿Qué tiene que decir la Palabra de Dios sobre este asunto o aquél?" Reconoceríamos que el Dios que nos creó nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos y nos enseña lo que es mejor. Tomaríamos nuestras decisiones de vida y pensaríamos en el bien y el mal sobre la base de la enseñanza de Dios, no de nuestras opiniones o nuestra cultura.

Si hiciéramos la voluntad de Dios en la tierra, comenzaríamos a orar como pueblo de nuevo. Reconoceríamos que nada bueno puede ocurrir sin la bendición y el favor de Dios. Buscaríamos su rostro. Pues bien, ¿qué significa "buscar su rostro"? Significa que miraríamos a Dios en busca de ayuda y de las respuestas de la vida. Cuando Salomón se convirtió en rey, le pidió a Dios sabiduría para saber cómo

guiar al pueblo de Israel. Y se preocupó por lo que podría pasar si Israel abandonaba al Señor y enfrentaba hambre o era derrotado en batalla. Salomón le pidió a Dios que estuviera dispuesto a perdonar a su pueblo.

Y el Señor Dios respondió la oración de Salomón con esta promesa que se encuentra en 2 Crónicas 7:13 al 14: "Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra." Dios quiere acercarse a su pueblo, y cuando oran a Él con corazones humildes, apartándose de la maldad, Dios escuchará y los sanará.

Si verdaderamente se hiciera la voluntad de Dios en la tierra, dejaríamos de escuchar el nombre de Dios tomado en vano y dejaríamos de escuchar palabras vulgares. Efesios 4:29 dice: "Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes." Las palabras son importantes; y nuestro hablar sería agradable, sazonado con sal, como debemos hablar.

Si se hiciera la voluntad de Dios en la tierra, pondríamos nuestros corazones en las cosas que bendicen en lugar de concentrarnos en las cosas que corrompen. La Biblia dice en Filipenses 4, versículo 8: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad." Cuando nuestras mentes se concentran en lo bueno, veremos el bien a nuestro alrededor; y nos convertiremos en mejores personas. 1 Corintios 15, versículo 33, dice: "No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres." Cuando lo malo llena nuestras mentes, el mal llena nuestras vidas.

Si se hiciera la voluntad de Dios en la tierra, pensaríamos más en el Señor y en el cielo. Colosenses 3:1 al 4 dice: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria."

¿Hacia dónde vas con tu vida? ¿Demuestras con tu vida que la voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta? ¿O estás llamando a Jesús "Señor" mientras sigues tu propia voluntad?

Oremos juntos. Padre celestial, ayúdanos a mirarte a Ti y a lo que deseas y quieres para nuestras vidas. En lugar de ser egoístas y pensar solo en lo que queremos. Padre, ayúdanos a amarte y a hacer tu voluntad siempre. En el nombre de Jesús, Amén.

Leamos en Juan, capítulo 3, comenzando en el versículo 1 y hasta el versículo 5. "Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios." Jesús fue enfático al respecto y dijo

en el versículo siete: "No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo." Algunos piensan que cuando se trata de la salvación, la voluntad de Dios es flexible y no importa, pero esto es falso. Nacer del agua y del Espíritu es una referencia al bautismo. Y el bautismo es imprescindible para ser salvo.

Juan 1:11 al 13 dice: "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios." No puedes ser salvo sustituyendo la oración del pecador por la voluntad de Dios. Dios es Dios, y nosotros somos humanos. No podemos editar ni anular la voluntad de Dios. Si somos salvados por la gracia de Dios, solo será por su voluntad.

¿Cuál es la voluntad de Dios para que seamos salvados? Al escuchar el evangelio de Jesús, debemos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados y volvernos a la justicia. Debemos confesar nuestra fe en Cristo y ser bautizados. El bautismo es ese nuevo nacimiento en agua y en el Espíritu. El bautismo es una inmersión en agua en el nombre de Jesucristo para que nuestros pecados sean perdonados. Y cuando somos bautizados, Dios lava nuestros pecados (Hechos 22, versículo 16). Oro para que tú, hoy, hagas la voluntad de Dios.